

de ciertos espíritus inquietos que pretenden corromper la doctrina pura que habeis aprendido: *declinate ab illis*; «porque tales hombres no sirven á nuestro Señor Jesucristo, sino á su vientre, y con dulces palabras y con bendiciones engañan á los sencillos:» *et per dulces sermones, et benedictiones seducunt corda innocentium*. Y en otra ocasion ese mismo Apóstol, dirigiéndose á su discípulo el obispo de Creta S. Tito, le dice: «Tú desecha las cuestiones necias, las genealogías, y debates, y disputas sobre la ley, porque son inútiles y vanas. Huye del hombre hereje, despues de la primera y segunda correccion,» del hombre que sostiene obstinadamente algun error opuesto á la fe de la Iglesia: *hæreticum hominem post unam, et secundam correptionem evita*. «Sabiendo que el que es tal está pervertido, es incorregible y de corazon corrompido, y peca siendo condenado por su propio juicio» él se excomulga á sí mismo: *cum sit proprio judicio condemnatus*.

¡Ah! ¡cuántos que hoy se hallan envueltos en las tinieblas del error, alejados de las purísimas fuentes de la verdad católica, y sentados en las sombras tenebrosas de la muerte no habrian llegado á tanta desgracia si hubieran evitado, como prescribe el Apóstol, el comercio y trato con los incrédulos! toda vez que ha dicho el Espíritu Santo que así como el hombre «será inocente tratando con el inocente, y escogido con el escogido, tambien será perverso con el que se encuentra pervertido:» *cum perverso perverteris*. Y no contribuye menos á esa grande desgracia que ocasiona el error dando vuelos el hombre á una curiosidad indiscreta en asuntos que atañen á la fe.

Y en verdad, A. M.; la razon tiene cierta intemperancia así como el corazon, y el hombre juicioso debe precaverse contra una y otra sensualidad. Pensad en este ejemplo que aduce un eminente orador del siglo pasado para que os sirva de aviso á fin de refrenar el espíritu inquieto de curiosidad.

«La razon, dice, el sentimiento y la ley del género humano, el universo entero nos hablan de una suprema inteligencia; pero queriéndose indagar de qué modo existe, cuál es su naturaleza, y cómo se combinan las perfecciones divinas, se intentó penetrar lo impenetrable, comprender lo incomprensible; y el resultado es sofocar el buen sentido á fuerza de sutilezas, y aparentar luego no creer en Dios. Goza un hombre tranquilamente de la claridad del sol y bendice su dulce influjo; pero de repente se empeña en mirar de hito en hito su disco resplandeciente; sus ojos demasiado débiles para sufrir tanta luz, se ofuscan y queda ciego; y entonces maldice su resplandor lleno de un furor impotente. Esta misma es la imágen del ateo que blasona de la majestad divina, cuyo inmenso peso abruma su debilidad.»

Oidlo bien, M. A. H.; nuestro Dios al dignarse revelarnos las luminosas verdades de la fe cristiana, no ha querido, instruyéndonos por medio de su Iglesia santa, hacernos filósofos capaces de discutirlo todo, llegando á comprender el cómo y el por qué de nuestras creencias, lo cual no se alcanza ni aun en la esfera de la filosofía; ha querido hacernos discípulos dóciles, quienes con la simplicidad de su fe y abundancia de obras buenas, se hagan menos indignos de ver algun dia «la luz en la luz porque en el Señor está la fuente de la vida» como dice el Salmista: *apud te est fons vitæ, et in lumine tuo videbimus lumen*. Y que esta ha sido la voluntad de nuestro divino Maestro Jesucristo, se manifiesta por las palabras de este Señor que leemos en S. Mateo: «Gloria te doy, oh Padre mio, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas, los misterios celestiales, á los sábios y entendidos, á los que pretenden saberlo todo y entenderlo todo, y las has descubierto á los pequeñuelos,» á los humildes que se contentan con las enseñanzas de la fe: *et revelasti ea parvulis*.

Pues bien: si todo esto nos dice que tenemos necesidad



de preservarnos del error, atendiendo á que es limitada nuestra inteligencia, á que la ignorancia esparce en nuestro derredor sus negras sombras para inducirnos al error y á que las pasiones, especialmente el orgullo, la codicia y la sensualidad, sublevándose contra la fe conspiran á llevarnos al error, empleemos los medios convenientes que os acabo de indicar, cuales son la lectura de libros nocivos, la compañía de hombres impíos é incrédulos, y el espíritu de curiosidad en evitación de caer en los errores que todos deploremos. En nuestros días de vértigo, A. M., en que todo se discute sin raciocinar sesudamente; en que el espíritu de análisis apasionado y sistemático preside en las investigaciones que se hacen, llevando este espíritu hasta los mas altos y venerandos dogmas de nuestra fe como si fueran, ni pudieran ser, del dominio de la razon limitada y pervertida del hombre caído, pensad seriamente «en conservar el depósito de la fe que se os ha confiado evitando las novedades profanas de voces, y de contradicciones de ciencia de falso nombre, la que prometiendo algunos se descaminaron de la fe:» *quam quidem promittentes circa fidem exciderunt.* ¡Ah! que ciertos predicadores, sin mision, sin ciencia, sin antecedentes algunos recomendables, no abusen de la fe que el cielo os ha concedido, A. H. M., y os hagan vacilar en ella, como desgraciadamente está sucediendo, deslumbrándoos con vanas teorías, «con proyectos que seducen y que no pueden realizar.» No sean preferidos esos apóstoles del error á nuestra celestial Madre María, Maestra de la verdad que aprendió de su divino Hijo Jesus. Antes bien seamos dóciles en escuchar sus enseñanzas, y seguir sus pasos, y anhelosos «corramos en pos del olor de sus ungüentos» que son sus virtudes; y constantes en imitarlas, sin que nada sea capaz de separarnos de tan bellos propósitos, cantemos en el cielo sus alabanzas que son para gloria de Dios por todos los siglos de los siglos. Amen.

## SERMON PARA EL DIA ONCE.

**La esperanza cristiana encierra la idea, y da los medios para el verdadero progreso de la humanidad.**

*Post te curremus in odorem  
unguentorum tuorum.*

En pos de tí corremos al olor de tus  
ungüentos.

CANT. 1.—5.

«Nodriz de los desgraciados, puesta al lado del hombre como una madre al lado de su hijo enfermo, le mece en sus brazos, le suspende en su abundante pecho, y le alimenta con una leche que calma todos sus dolores. Vela á su cabecera solitaria, y le adormece con canciones encantadoras.» Con estas palabras, A. H. M., describe un escritor moderno á la esperanza, sentimiento consolador en este valle de dolores. Pero este movimiento natural del alma se trasforma para nosotros los cristianos en una virtud sobrenatural conqu el cielo nos enriquece para que esperemos de Dios con confianza la vida eterna, todo lo que nos ha prometido, y los medios de alcanzarla, esto es, la gracia divina en este mundo y la gloria eterna en el otro. En virtud de la fe, que está en el entendimiento, de la que nos hemos ocupado en los días antecedentes, conocemos el bien infinito que es Dios, y lo conocemos como nuestro bien porque en él consiste nuestra bienaventuranza. Pues de este conocimiento brota en la voluntad el deseo de poseer á Dios y de gozarle; y despues de